

IGLESIAS NACIONALES

La feligresía española no sale de su asombro al saber que la Conferencia Episcopal no suscribe el pacto que PP y PSOE han firmado contra el terrorismo de ETA, y se pregunta, escandalizada, si hay algún tipo de muerte en la que sea “prudente” mirar hacia otro lado.

Decía monseñor Rouco Varela que nadie les ha invitado a firmar el pacto y argumentaba, con un cúmulo de citas, el derecho sagrado a la vida que siempre ha defendido la Iglesia. Asunto que nadie pone en duda. Pero... No firman. No firman porque como todo el mundo sabe, la colegialidad de los obispos españoles se rompería ante la negativa de los pastores del rebaño vasco a suscribir el pacto y se produciría la separación, la autodeterminación, la añorada independencia de la iglesia nacional euskalduna. En una palabra: el cisma. El segundo Cisma de Occidente que elevaría al papado al controvertido monseñor Setién, cual nuevo Papa Luna del año 2000.

Es curioso, como los nacionalistas necesitan la bendición de su Iglesia para justificar su “hecho diferencial”. No en balde, más

de un nacionalismo nació en ambientes clericales entre revuelo de sotanas y avemarías.

En España tenemos un buen recuerdo de lo que fue el Nacional Catolicismo con la presencia oficial de la jerarquía religiosa en todas las actividades políticas del país, hasta que el nuevo modelo de estado aconfesional puso a cada uno en su sitio.

Seguramente los nacionalistas vascos pretenden tener una iglesia exclusivamente euskalduna, donde el Nacional Catolicismo Vasco bendiga su particular cruzada de liberación contra el yugo opresor español y eleve a los altares a los valientes gudarís de las bombas y las metralletas, para que el señor Arzalluz, como nuevo cardenal premiado, haga un día su entrada triunfal bajo palio, acompañado del Pontífice Setién, en la Basílica de Begoña.